

EL AULA VACÍA

Lucía, la directora, baja de prisa las escaleras. Acaba de sonar el timbre y en pocos minutos la esperan en una reunión para planificar el fin de curso.

Al girar hacia la sala de profesores, ve una sombra al fondo del pasillo.
«¡Qué extraño!», piensa. «Esas aulas están hoy vacías. Los alumnos que tienen allí sus clases han ido de visita al museo...»

A pesar de no ver a nadie, se para y pregunta:
—¿Quién está ahí?

Nadie contesta, pero vuelve a ver una sombra moverse.
Se acerca despacio.

Antes de llegar ve a Juan, agazapado en un rincón y con una oreja pegada a la puerta.

—¿Qué haces, Juanito? ¿Por qué no estás en tu clase de apoyo?

Juan no dice nada; la mira, se lleva el dedo índice a los labios, le indica por señas que no hable.

—Se escucha el silencio— dice en un susurro.

María Lázaro

JUBILACIÓN

Faltan unos minutos para las 9 de la mañana. Un nuevo día de agobiante y frenética actividad comienza en el colegio. En la entrada, niños y niñas se agolpan esperando el momento del timbre. Familias acompañando, griterío, movimiento... y el timbre atronador, que ensordece a todo el mundo y hace que las filas entren ordenadamente en el edificio escolar, retumba durante unos segundos eternos, tras los que llega el silencio a los pasillos.

Juan, el conserje, cierra las puertas externas e internas, recoge la correspondencia y se dispone a llevarla a dirección.

Está disgustado.

Quedan pocos días para su jubilación y ningún docente le ha hecho el más mínimo comentario sobre este tema. Nada, ni una palabra. Después de tantos años abriendo y cerrando puertas, curando rodillas sangrientas y recogiendo algún que otro pipí o vómito, arreglando pequeñas averías, ayudando a los maestros y maestras a colocar sus aulas, desviviéndose por todo el mundo, le llega su hora de partir y nadie ha mencionado nada.

Al llegar a la dirección, antes de golpear la puerta, oye su nombre y se siente inseguro... ¿habrá hecho algo mal? Pega su oreja a la misma y aunque sabe que no está bien se dispone a escuchar.

La directora recorre los pasillos satisfecha porque un día más todo está en orden y se dirige a su despacho para tratar con su equipo la fiesta que le darán a Juan por su jubilación. Todo el mundo está en el ajo y nadie ha “soltado prenda”. Se emociona solo de pensar en la alegría que se llevará.

Sin embargo, le ve, con su oreja pegada a la puerta, escuchando concentrado, tanto, que ni se ha percatado de su presencia, mientras dos gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas.

La directora da media vuelta. No va a decirle nada. Comprende que ya la sorpresa no lo será tanto, pero mantendrá el silencio porque sabe que Juan, cuando llegue el día fingirá asombrarse tanto como si no hubiera sabido nada.

Concepción Ibáñez Montero

SECRETOS

Amanda se quedó anonadada con lo que estaba viendo, se acercó un poco más al monitor que mostraba las grabaciones de las cámaras de seguridad repartidas por todo el centro, y efectivamente, él estaba allí. Caminaba escondido entre las sombras, con asombroso sigilo, con la mirada perdida. Tenía claro su destino, la sección vedada del internado.

Amanda siguió sus pasos a través del monitor hasta que lo vio llegar a una puerta, prohibida para el alumnado, se paró delante de ella y se acercó hasta posar una oreja contra la superficie metálica.

Pasaron unos minutos, en los que Juan no se movió en lo más mínimo, no se mostró alterado, a pesar de que sabía que esa entrada estaba prohibida para él y sus compañeros. Permaneció quieto, en silencio, escuchando atentamente. Al verlo allí, una gota de sudor resbaló por la frente de Amanda, no había sido consciente de lo nerviosa que estaba, tragó saliva.

Pasaron minutos que se hicieron eternos hasta que por fin Juan se levantó, había confirmado sus sospechas, sacó un grueso rotulador negro que llevaba en el bolsillo y se giró hacia la puerta. Amanda se secó las palmas de sus sudorosas manos en los vaqueros mientras veía como Juan se iba. Se ajustó las gafas y se acercó un poco más a la pantalla.

En la puerta metálica, podía leerse el mensaje que Juan le había dejado: “Ya sé tú secreto, espero que mis padres sigan vivos”.

Marta López Castaño.

ROMPETECHOS

Era evidente que don Juan, el jefe de estudios, andaba mal de la vista desde hacía mucho tiempo. Él no quería reconocerlo, a pesar de que sabía que los alumnos le llamábamos «Rompetechos», como aquel entrañable y divertido personaje de los tebeos de Ibáñez que tanto nos gustaban. Algunos de los profesores le lanzaban indirectas que él captaba perfectamente, porque de tonto no tenía un pelo, pero callaba por no admitir que los ojos se le iban empañando a medida que transcurrían los trimestres.

El buen hombre tenía la costumbre de escuchar tras las puertas de las aulas, para asegurarse de que todo estuviera en orden. Solo debía oírse la voz firme del docente de turno o las vocecillas tímidas de los alumnos cantando la lección. Si escuchaba jaleo, entraba con la autoridad que le daba su rango y conseguía que volviera la calma con varios castigos lanzados al azar, pues no acertaba a distinguir quiénes eran los infractores y quiénes los alumnos aplicados. Lo de «justos por pecadores» quedaba así patente en aquellas demostraciones de jerarquía a las que no había réplica posible.

Pero el día que doña Herminia, la directora, lo sorprendió con la oreja pegada en la puerta del cuarto de la limpieza, tuvo que admitir avergonzado su limitación. Este hecho fue celebrado en la sala de profesores a sus espaldas, por supuesto, porque su carácter, seco como un palo, repelía cualquier amago de broma.

Se operó de cataratas y al poco tiempo ya estaba de vuelta, pero el mote no se lo quitó de encima ni con las nuevas promociones de alumnos, que ni siquiera sabían quién era el famoso personaje de los tebeos.

Víctor M. Jiménez Andrada

Los pasillos del instituto están vacíos.

Se escuchan pequeños murmullos de los profesores en las aulas y el taconeo de la directora en el que transcurre por el bloque A.

A lo lejos cree distinguir a alguien. Es el espacio de la tutoría de bachillerato.

Se acerca y se sorprende al ver a Juan, apostado en el acceso, con la oreja pegada a la madera de la puerta. Tan ensimismado está que se asusta al escuchar una voz tan cerca.

—¿Qué pasa Juan? ¿Algún problema?

—Nada señorita— contesta el aludido. —Sólo que mi madre está con el tutor y quería saber, de primera mano, qué ocurre.

—Y ¿no es mejor esperar que salga y te cuente ella? — arguye la directora.

—Quizás— continúa Juan. —Pero me temo que no va a salir con ánimo de contarme mucho.

Juan ha faltado durante los últimos quince días a clase de inglés (no le caen bien los prepotentes ingleses) y está seguro de que no aprobará esa asignatura. Y, sumado el “cero repetitivo” de latín (que ya no se utiliza y no le servirá para nada), llega a una rotunda seguridad:

«Definitivamente no podré presentarme a selectividad en junio».

Maribel González

SAUDADE

Permanece durante unos segundos escuchando el alboroto de los chicos. Desde el pasillo, con el aula cerrada, puede verlos asomados a la ventana, encaramados en el alféizar, saltando de una mesa a otra con voces agudas. Da igual el instituto que sea. Siempre encuentra una mirada cómplice en una pareja, un tirón de pelo a destiempo, un gamberro al fondo. No faltan versos sobre una mesa ni un corazón tatuado en el pupitre. Ni un cabecilla abanderando una causa. Puede ver, a través de la puerta de madera, al futuro médico y al enterrador de sueños. Al que no llegará y al que se empeñará, a costa de horas de esfuerzo, por conseguir sus metas.

Juan sujeta inquieto el pomo y escucha. Puede oler, al otro lado, el perfume del pelo recién lavado a primera hora y el tufo del sudor joven después del recreo. El olor a celulosa de los cuadernos, al plástico de las mochilas, los bocadillos fermentados. Y le llega también, lo sabe sin necesidad de abrir, el fresco que se cuela en primavera por las ventanas y que adormece la clase. Todo se repite año tras año.

Marisa lo observa desde su despacho. Y, aunque ya no ejerce más que de directora, se estremece con la emoción del primer día de clase. Durante los segundos que Juan tarda en entrar, rememora con ternura las veces que ella también estuvo detrás de una puerta.

Soledad García Garrido

OTRO DÍA NO ME LEVANTO

Ese que veis allí soy yo, me llamo Juan, un quinceañero revoltoso, simpático y muy aplicado.

Suelo pasar desapercibido, aunque mido casi dos metros la gente me ignora, yo creo que les asusto, además me gusta vestir muy *heavy*, y eso en este instituto no cuadra con el ambiente.

Os voy a contar lo ocurrido en una sola jornada.

Me encanta levantarme con la hora muy justa, esa adrenalina que surge cuando sales a correr, porque llegas tarde, es una pasada.

Al entrar esta mañana en el *insti*, he visto que todos estaban reunidos en el gran salón de actos del centro, nada bueno, seguro. Se han producido una serie de robos y quieren poner las cartas sobre la mesa. Lo complicado es que las sospechas han recaído en un par de cursos, el mío es uno de ellos. La charla que nos han dado tanto la directora como la policía solo ha servido para revolver a los alumnos, que protestan por algo que, según dicen, no han cometido. Y ahora nos van a interrogar a todos.

Así que aquí estoy yo, escuchando tras la puerta para saber cómo le va a mi compañero; me acaba de pillar la directora, esto no pinta nada bien.

María S. Durán Bravo.

Salí de la sala de profesores a paso ligero con el café aún humeante en la mano derecha y la carpeta con las autorizaciones para la excursión del grupo de tercero en la izquierda. Me apresuré hacia mi despacho, donde Jorge Arrieta ya debía de estar esperándome, acompañada únicamente por el eco de mis tacones que reverberaba en las paredes empapeladas de dibujos de los pasillos del colegio. Apenas me sorprendí cuando, a lo lejos, vi al pequeño terremoto de Juan Álvarez con la oreja soldada a la superficie de la puerta de dirección, tratando desesperadamente de captar algún sonido.

Aunque no me esforcé demasiado por mantener el sigilo, el niño estaba tan concentrado en su escucha que no se dio cuenta de mi presencia hasta que le sorprendí por la espalda; dio un respingo y se quedó paralizado, sin acertar a pedir disculpas o a inventarse alguna disparatada excusa. Suspiré con más resignación que calma y, haciendo equilibrios con la carpeta y el café en una mano, metí la otra en el bolsillo de mi americana.

—No te molestes. No te va a delatar —saqué la pelota de tenis que apenas una hora antes había roto la vitrina de las flautas y las castañuelas del salón de música y se la tendí—. Nunca lo hace.

Juan Álvarez cogió la pelota y bajó la mirada, con los labios apretados. A un gesto mío, se apartó de la puerta. Cuando entré, Jorge Arrieta estaba sentado y me miraba de forma casi desafiante; o, al menos, con toda la determinación que puede reunir un niño de ocho años.

A pesar de que Álvarez y Arrieta habían batido el récord de visitas a mi despacho en apenas un trimestre, lejos de estar enfadada, no pude evitar que me invadiera un arrebatado de ternura y nostalgia al reconocer esa leal fraternidad que se fragua entre los mejores amigos de la infancia.

Princesa de Biblioteca

—¡Juanito, otra vez escuchando en la puerta!, ¡Te dije que eso es de mala educación y que está prohibido en este colegio! ¡Es la tercera vez en esta semana que te pilló espiando a las niñas!

Juanito aguanta unos segundos más con su oreja muy pegada a la puerta del cuarto de baño.

—A ver, ¿quién está ahí dentro?, dice la directora.

—Es Jennifer, señorita, que ha prometido enseñarme las bragas, —dice Juanito con la cabeza gacha más por pesadumbre de haber visto truncados sus planes que por vergüenza—. Me dijo que entrara después de que oyera el sonido de la cisterna —añadió.

—¡Anda, vete de aquí, que no te vea más!, dijo la señora directora simulando enfado.

Ambos enfilaron el pasillo adelante, uno detrás del otro. La directora, a duras penas reprimiendo la risa. Juanito, decepcionado por otra oportunidad perdida.

Ángela Velasco Bello.

EL RITUAL

Todos los maestros y alumnos regresaron al colegio a mediados de septiembre, Emilio era uno de ellos.

La pandemia había golpeado con dureza al mundo; pero tras el estado de alarma de tres meses, el transcurso algo más placentero del verano y la disciplina de la gran mayoría de los ciudadanos había sido controlada casi por completo. La vida recobró su vivacidad de antaño y los niños regresaron a la normalidad de sus juegos y tareas escolares.

Juanito era un muchacho con síndrome de Down muy querido en el Centro, había cumplido los trece años y ese iba a ser su último curso antes de ir al instituto. Desde que comenzaran las clases, al entrar a las nueve de la mañana, siempre hacía la misma operación, abandonaba la fila, pegaba su oído a la puerta de Conchi, la directora, y se quedaba muy quieto a la espera de escuchar algo que al parecer le interesaba mucho. Emilio era su tutor. Al comprobar la acción del alumno, sacaba su móvil y la llamaba.

—Conchi, buenos días. Juanito está en la puerta.

—Buenos días, Emilio, gracias.

Tras el aviso, la maestra simulaba una llamada por el teléfono del despacho y hablaba en voz alta.

—¿Sanidad? Buenos días. ¿Saben si continúa aquí el coronavirus? ¿No? ¡Ah! ¿Que lo han borrado ya de todos los sitios y no volverá! ¡Estupendo! ¡Muchas gracias!

Y después colgaba haciendo ruido al colocar el teléfono en su lugar.

Al escuchar esto, Juanito salía corriendo hacia Emilio, que le esperaba a la entrada del aula, y saltando de alegría le gritaba.

—¡Emilio, Emilio! ¡Hoy tampoco está el coronavirus! ¡Ya podemos dar clase!

Y de inmediato entraba y se sentaba en su mesa, al lado del maestro. Emilio cerraba la puerta del aula sonriendo.

El ritual se repitió a lo largo de todo el curso escolar.

Vicente Rodríguez Lázaro.

LOS OJOS DE MNIA

En lo más profundo del valle de Mnia se encuentra una colonia de pandas. Hoy era el primer día de clases en el colegio e Ibi estaba muy contento de encontrarse con sus amigos después de estar todo el verano con sus primos en casa de los abuelos.

Al pasar por delante vio una extraña silueta oculta detrás de la puerta de la señorita Dona, corrió a contárselo a la directora Nadia.

Esta le dijo que se volviese y se olvidara del asunto que ella se encargaría de todo. Cuando Ibi se fue, entró en su despacho y miró por las cámaras para ver de quien se trataba.

Descubrió que era Juan, un nuevo alumno y decidió tenerlo vigilado unos días.

Pensó que sería interesante esconderse y seguir todos sus pasos. En los estudios era un alumno modelo, aunque buscaba cualquier excusa para salir de clase y observar por detrás de la puerta de la señorita Dona, pero lo más sospechoso era que se pasaba todos los recreos escondido detrás de unos arbustos... Así paso una semana, hasta que le vio acercarse a una alumna con grandes ojos grises y hablar con ella.

La directora Nadia se fue a su despacho con una sonrisa en su cara al descubrir que lo único que le pasaba a Juan era que le gustaba la alumna de grandes ojos.

Carlos Holgado Sánchez

EL MOTIVO

Pensará usted, doña Leonor, que permanezco aquí, junto a esta puerta, por la simple costumbre de curiosear las actividades de los demás, como si se tratara de una deleznable predisposición a la observancia del ser humano para la murmuración o el chisme, o tal vez en aplicación del celo profesional para que vigile el comportamiento disciplinario de los alumnos en horas lectivas, o que pretendo tomar lecciones y conocimientos de la destreza oratoria del profesor de filosofía, don Cosme, que en este momento diserta sobre la conveniencia o no de valorar y enjuiciar a la lluvia sin tener un paraguas a mano. Se preguntará usted por qué no acudo raudo y veloz a cumplir con mis obligaciones de hacer sonar el timbre del recreo.

La razón cierta es que una irresistible atracción, un insobornable pegamento hace que mi oreja permanezca unida irremediabilmente a la puerta y, aunque he intentado separarme de ella por todos los medios, sospecho que será usted, doña Leonor, la que podrá conseguir mi liberación.

Ángel R. G.

SABER A ESCONDIDAS

¡Ya sólo me faltaba ver a Juan escuchando a través de la puerta cerrada del despacho de tutorías! Mi intuición ya me dijo que aceptar este puesto de directora en el colegio donde llevaba años dando clases de historia, no sería una decisión acertada. Y es que hay que dedicar demasiado tiempo a desenredar intrigas entre los colegas.

¡Y ahora Juan! El profesor de gimnasia al que todo el mundo adora, pero que desde su divorcio vive embrollado entre la relación con su hijo, también alumno del colegio, y los flirteos y amoríos que, según los rumores, mantiene con algunas profesoras.

¿Por qué estará Juan escuchando? Pero ya lo veo recomponerse y caminar distraído hasta pararse a mirar en uno de los tablones del pasillo.

Al abrirse la puerta sale el hijo de Juan cabizbajo...detrás su exmujer y la profesora de química hablando animadamente, y al ver a Juan, ambas se miran con muecas de complicidad....

Pilar L. Puig

IREMOS A POR TI

Colombia

"Iremos a por ti", fue lo último que escuché, ya nadie podría protegernos.

Te observo escondido tras el árbol de aquel parque en el que soñé te pasearía, alargo mi mano, no puedo tocarte, siento tu corazón latir.

Aproximo mi cabeza a la puerta, intento escuchar tu risa entre el bullicio de los niños, por fin reconozco tu risa, siento tu corazón latir.

Suenan pasos, alguien se acerca, salgo a correr, tengo que huir. Escucho a lo lejos, —¿señor que hace aquí? espere, ¿quién es usted? — consigo escapar.

Bailábamos nuestra última cumbia, faltaba un mes para que tú, mi pequeño Juan nacieras, recibí la maldita llamada, el cartel me había descubierto.

Esa mañana solo os dejé una carta — Hasta siempre, sólo así os salvaré —

Pau Moon

Cinco minutos después del atronador timbre penitenciario para el cambio de clase -que los cientos de almas del instituto entienden como una licencia para pulular efímeramente en un aparente caos de bromas y tropiezos, de abrazos y besos fugaces-, la directora, tras el borboteo del magma de esa maraña humana en la marmita de un edificio que se resiste al colapso, patrulla por los pasillos para verificar la normalidad en su territorio, y compone un rictus de desaprobación cuando presencia, perpleja, la escena de Juan , profesor de guardia, quien, escuchando a la puerta de una clase, no intenta más que descartar la picaresca de quienes, a veces, pretenden simular con su silencio la presencia de un profesor ausente, y descifra, remotamente y sonriendo, algunos términos matemáticos que le traen a la mente la sobrecogedora historia de la vida de Hawking, entregada a la búsqueda de la explicación del Universo mediante una ecuación perfecta.

Manuel Vaquera.